# Frikis

Hace unos días, mi amigo el escritor Julio Cristellys me envió un *whatsapp*. En él mencionaba uno de mis artículos y decía sentirse reconfortado porque, al leerlos, dejaba de pensar que era un friki. Le contesté diciendo que, en ese caso, ya éramos dos los raros, pero que creía que había muchos más. Lo que ocurre, argumenté, es que los medios de comunicación aumentan, fomentan y difunden conductas y opiniones tan  disparatadas, arbitrarias  y egocéntricas  que consiguen que acaben pareciendo normales. Antes se pensaba que d hacer creer que quién más chilla tiene razón; sacralizar la zafiedad; el “porque yo lo valgo”;  y “el cuantas más estupideces digo más sube la audiencia   ergo soy rey del mambo”  eran conductas reprobables Ahora todas  ellas se han hecho habituales  de modo  nadie las cuestiona. Ni siquiera nos preocupa que resulten un mal ejemplo para  los niños porque empezamos a verlas como normales,  y no solo en la tele    sino también  en la vida diaria. Tal cambio en el modo de calibrar las cosas se nota incluso en la conjugación de algunos verbos. “Tener”, por ejemplo, es todo un paradigma en este sentido. Si a “tener” se une el término “obligación”, el verbo se conjuga  solo en la segunda y la tercera persona tanto del singular como del plural. Verbigracia, han desaparecido “yo tengo “  o “nosotros tenemos una obligación”. Solo existe “vosotros tenéis” y “ellos tienen un deber, una obligación…”  Por el contrario si el verbo “tener”  se asocia a la palabra “derecho”, ocurre exactamente lo contrario. Nadie dice “tú tienes o vosotros tenéis un derecho”, solo   derechos  tengo yo y mi tribu, faltaría más. La conjugación de este verbo es muy notable en el caso de todo tipo de reivindicaciones, desde las de los independentistas catalanes hasta las de todos esos “ismos”, loables muchos de ellos, pero que, a base de conjugar los verbos solo en su beneficio, empiezan a resultar cargantes. Hablo por ejemplo del feminismo, del igualitarismo, del animalismo, etcétera.

Cambios sociales como estos, no ocurren solo aquí. En el mundo entero vemos cómo normas, reglas no escritas o incluso leyes de convivencia universalmente aceptadas  caducan  o se vuelven irrelevantes. Tal vez el caso más notable en este sentido sea el de Donald Trump.  Quién podría habernos dicho hace años que, en el siglo xxi, el presidente de los Estados Unidos  sería un individuo autoproclamado machista que sostiene que a las mujeres les gusta que les agarren el *pussy*. Un señor al que  han grabado “persuadiendo” al presidente de Ucrania para le ayude a desprestigiar a su rival, Joe Biden. Un tipo que jamás ha hecho público su patrimonio y otra larga lista de tropelías varias. Si alguien, digo, nos hubiera vaticinado algo parecido, habríamos  pensado que  estaba a mal de la  chola. En otros países como Gran Bretaña cuecen similares habas mientras que, hablar  de cómo nuestros políticos patrios se saltan normas , consensos  y hasta leyes,  empieza a resultar tan reiterativo como  tedioso. Y lo peor no es que todo esto esté ocurriendo. Tal como sucede con las conductas que  vemos en la tele, lo más grave es que estas  actitudes  han pasado a ser “normales”. Por eso sí, en efecto,  tiene mucha razón Julio Cristellys. Los que creemos que existen  normas y límites somos unos frikis. Pensamos, fíjense qué extravagancia, que, tal como decía Churchill, construir una civilización y unas reglas de juego  lleva siglos mientras para destruirla  basta con saltarse las convenciones que entre todos nos hemos dado.

Pero seguramente los equivocados somos nosotros. Al fin y al cabo, los  americanos volverán a votar a Trump; los independentistas han conseguido convencer al mundo de que en España no hay justicia, ni democracia. y que Franco vive,  y   la tele y los medios de comunicación han conseguido instaurar  que tiene razón quién  más chilla.  No es muy tranquilizador, lo sé, pero pienso que, mientras existan muchos frikis como Julio, como ustedes, o como yo, todavía estamos a tiempo de cambiar ciertas cosas.